



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Glancy, Jennifer A.: *Slavery as Moral Problem in the Early Church and Today*, Minneapolis, Fortress Press, 2011.

Mariano Agustín Spléndido

UNLP- IdIHCS/CONICET

marianosplendido@hotmail.com

Jennifer Glancy es una reconocida investigadora en el área de la historia social del cristianismo primitivo. En 2006 publicó *Slavery in the early church*, libro en el que analiza la presencia de esclavos en las comunidades de cristianos en el primer siglo de existencia del movimiento. Si bien el trabajo propone interesantes perspectivas en aspectos como la cuestión sexual en relación a los esclavos convertidos, peca por otro lado de excesiva literalidad en el trabajo con los documentos, haciendo un uso desmedido y descontextualizado de las fuentes del Nuevo Testamento. Esto se ve fundamentalmente en su utilización del material evangélico como testimonio de las posturas de Jesús en relación a la esclavitud y no de las asambleas de finales del siglo I. A la par de este trabajo A. J. Harrill publicó, también en 2006, *Slaves in the New Testament. Literary, social and moral dimensions*, estudio en el que aborda de manera más problemática las fuentes evangélicas, las paulinas e incluso los códigos domésticos y apologías, promoviendo un análisis histórico más crítico en relación al concepto de esclavitud para los primeros cristianos.¹ En 2011 Glancy produjo el volumen al que nos consagraremos, cuyo

¹ Harrill, James: *Slaves in the New Testament: Literary, Social, and Moral Dimensions*, Minneapolis, Fortress Press, 2006.

título, *Slavery as moral problem in the early church and today*, despierta el interés del público ya que promete una concentración en los aspectos morales de la relación con los siervos. Sin embargo el resultado no es el esperado.

El texto está organizado en base a una introducción, cuatro capítulos y un epílogo. La pretensión de la autora, tal como lo aclara en la introducción, es poder pensar dilemas éticos actuales en base a un recorrido histórico de las formas en que los primeros escritos cristianos trataban a la esclavitud. Para esto toma como punto de partida la fórmula bautismal que Pablo de Tarso propone en *Epístola a los Gálatas* 3, 28, según la cual la diferencia entre libre y esclavo es inexistente en Cristo. Glancy señala que estos versículos lejos estaban de transformar las relaciones domésticas, ya que los cristianos antiguos apoyaron los derechos de los propietarios de esclavos. En este aspecto intenta separar las sensibilidades actuales de aquellas propias del mundo grecorromano. La autora indica que si bien había cristianos que veían a la servidumbre como algo incompatible con la fe, la gran mayoría no lo percibió así.

El primer capítulo se titula “Jesús y la esclavitud”. En el mismo Glancy nos propone una reconstrucción muy especulativa del mundo social de la Palestina del siglo I. Según la autora Jesús tuvo contacto con esclavos y estaba influido por la sensibilidad judía en materia servil. Dentro del judaísmo pueden observarse incluso posturas como la de los esenios, opuesta a la posesión de siervos. Jesús habría interactuado con propietarios de esclavos (como el centurión de Cafarnaúm) e incluso con esclavos según esta teoría. Las parábolas serían el mejor reflejo de esto, ya que en ellas Glancy encuentra elementos que remiten a realidades propias de los esclavos como el tema de la alimentación, el castigo, el temor y el ascenso en materia administrativa. En este punto la autora no contempla las polémicas que subyacen a la producción evangélica y fuerza en extremo a las fuentes, alejándolas de su contexto de producción (las décadas del 70-110).

El capítulo 2, “Los primeros propietarios de esclavos cristianos”, aborda las cartas paulinas contemplando una contradicción básica: por un lado la liberación es señalada como un elemento central para la proclamación del evangelio, pero por otro los círculos paulinos descansan en propietarios de esclavos que albergan a las asambleas. El caso de *Epístola a Filemón* atrae la atención de la autora, ya que propone una lectura según la cual Pablo se presentaría como

paterfamilias último del *oikos* de Filemón, teniendo dominio sobre él y sobre el esclavo Onésimo, que pasa a ser un “hermano” de su propietario. El apóstol de los gentiles deja en claro en *Epístola a los Gálatas* y en la *Primera Epístola a los Corintios* que el bautismo no elimina las distinciones entre libres y esclavos pero exige respeto hacia los miembros menos aventajados de la comunidad. Según Glancy, para Pablo la Iglesia debería trascender las distinciones sociales. La libertad y la esclavitud aparecen como estados relativos, ya que la hermandad propuesta entre los creyentes debe promover una esclavitud mutua. La autora no ve intereses abolicionistas en el tarsiota pues su concepción de la parusía inminente anulaba cualquier interés en reformar la estructura del mundo presente. Esta perspectiva olvida las tensiones inherentes a las cartas paulinas, las cuales no son consideradas por Glancy como recursos de defensa del apóstol frente a los cristianos nomistas que cuestionan su discipulado.

El tercer capítulo, “Esclavos en el hogar de Dios”, es un compendio excesivamente descriptivo y poco analítico de fuentes cristianas entre los años 100 y 300. En primer lugar la autora toma el testimonio de Plinio el Joven, quien torturó a unas esclavas cristianas que hacían las veces de ministras en su comunidad. Glancy considera que Plinio ve a estas mujeres como líderes, prueba que la lleva a afirmar que los fieles de estatus esclavo, pese a no haber dejado registro escrito, fortalecieron a las asambleas ya que su presencia era constante en las reuniones. La autora continúa indagando la práctica comunitaria en relación a los siervos y al concepto de esclavitud. Su inquietud fundamental es si algún pensador cristiano halló la esclavitud como incompatible con el Evangelio. Sin embargo creemos que en el texto se parte de un concepto erróneo al hablar de Evangelio como una autoridad consagrada y absoluta hacia mediados del siglo II. Glancy recurre a los códigos domésticos cristianos, presentes en la producción deuteropaulina (las epístolas *a los Colosenses*, *a los Efesios*, las dos cartas *a Timoteo* y la dirigida a *Tito*). En *Colosenses* y *Efesios* se ve el temor como una motivación muy fuerte en las admoniciones a los esclavos. La autora cree que los consejos que proponen estas epístolas a los miembros esclavos ocupan gran espacio ya que probablemente serían una reacción contra conductas irreverentes de algunos siervos que habrían tomado muy literalmente la idea de igualdad bautismal. Las epístolas a *Tito* y la primera a *Timoteo* se concentran mucho más en las cuestiones de autoridad y organización al interior de las iglesias, ponderando un manejo eficiente de los congregados. El

líder aglutinador es el buen administrador del hogar, aquel que controla a sus dependientes, ya sean esposa, hijos o esclavos. En las prescripciones a los siervos estas cartas consideran que el bautismo del esclavo, es decir su afiliación cristiana, no disminuye ni relativiza sus obligaciones, sino que las intensifica. Este modelo de código doméstico continuó reproduciéndose en oriente (se ve en escritos como *Didaché* o la *Epístola de Bernabé*). La *Primera Epístola de Pedro* asume la imagen del esclavo asociándola con Cristo, a partir de lo cual invita a los siervos a la paciencia y abnegación frente al sufrimiento. Estas miradas contrapuestas llevaron a que el elemento esclavo de las iglesias pasara a estar en medio de los debates con la intelectualidad gentil. Celso, un filósofo pagano de fines del siglo II, protestaba contra el cristianismo aduciendo que las iglesias fomentaban la desobediencia doméstica. Según su diatriba, los líderes cristianos cooptaban a individuos de bajo estatus como mujeres y esclavos, destruyendo así la lealtad en el *oikos* y erosionando la obediencia. En este aspecto Celso se alineaba con Luciano de Samosata, satirista gentil de mediados del siglo II.

Glancy se sorprende de que los escritos cristianos de los siglos I-III reflejen los valores de los propietarios más que de los esclavos. Su reflexión inmediata es que los autores cristianos necesitaban mostrarse conservadores para evitar críticas al movimiento. Con esto la autora demuestra que su concepción del cristianismo antiguo no considera las teorías acerca de la pluralidad del mismo, es decir a sus múltiples manifestaciones y fracciones. La rama proto-católica manifestó una proclividad secularista y por tanto más conservadora, pero no así otras vertientes cristianas como la marcionita, la valentiniana o la carpocraciana. Es cierto, como remarca la autora, que los apologistas del siglo II resaltaron la prominencia de los propietarios al interior de las iglesias y envilecieron a los esclavos, presentándolos como los enemigos domésticos. Sin embargo no es correcta su afirmación de que los Hechos Apócrifos de los Apóstoles ofrecen una condena total de la posesión de esclavos. La autora considera que los *Hechos de Tomás* esgrimen una crítica a la posesión de esclavos, que *Hechos de Andrés* cuestiona la explotación sexual de los siervos y que *Hechos de Pedro* realiza una asociación simbólica entre la manumisión y la nueva vida en Cristo. Glancy no analiza cada una de estas producciones en su contexto correspondiente, por lo cual generaliza de una manera incorrecta sobre documentos en los que hay diversas motivaciones e inclinaciones políticas.

Para el final del capítulo la autora deja el testimonio de Ignacio de Antioquía, obispo martirizado en la segunda década del siglo II, y los datos provistos por las actas martiriales. A Ignacio lo toma como ejemplo de los resquemores de las jerarquías en cuanto a la manumisión de esclavos. En cuanto a figuras serviles martirizadas, la autora se concentra en Blandina, heroína de las Actas de Lyon y Viena (177 d.C.). Glancy propone que las narraciones de ajusticiamientos de cristianos conmemoraban a fieles de estatus libre o servil por igual.

El abordaje del siglo IV se da en el capítulo 4, titulado “Esclavitud en un imperio cristiano”. La autora quiere ver cómo el creciente poder de la Iglesia afectó el comportamiento de los propietarios de esclavos y las vidas de los subordinados. De esta forma aborda los textos de Lactancio, en los cuales hay una noción de hermandad con los creyentes en condiciones de esclavitud pero no se cuestiona el uso de la fuerza por parte de los amos para imponer la obediencia. Aunque muchos autores del periodo posconstantiniano exaltan los valores ascéticos y de desprendimiento material, la vida sin esclavos no aparece como opción. La moral propietaria alcanza su punto máximo al considerarse necesaria la obediencia doméstica como parte de la formación moral del esclavo. Sin embargo surgen las críticas de varios obispos respecto a la dureza del castigo.

En el tema de la sexualidad, los pensadores cristianos del siglo IV promovieron la moderación y la abstención. La opción alternativa a esto era el matrimonio. Los esclavos no podían acceder ni a una ni a otra y las fuentes nada dicen sobre la coerción sexual que sufrían multitud de siervos por parte de sus amos paganos o cristianos. La única excepción que Glancy encuentra es Basilio de Cesarea, quien reconoce la inocencia de las mujeres forzadas a la actividad sexual. Por su parte, Ambrosio de Milán se concentra en la perspectiva moral del amo, relegando la del siervo. Los autores del siglo IV-V intentan hallar una explicación para el origen de la esclavitud y la encuentran en el pecado humano. Agustín no se oponía a que el propietario ejerciera la violencia con el subordinado mientras el fin fuera legitimar la jerarquía. La autora indica que, no obstante, no todos los cristianos se acoplaron a esta disciplina. El movimiento de los circunceliones reaccionó en el norte de África destruyendo documentación referida a la propiedad de esclavos; de la misma manera Eustaquio de Sebaste recibió en su movimiento monástico a esclavos fugados y acusados de mal comportamiento. Glancy considera que el

concilio de Gangra (343 d.C.) puso fin a estas reacciones al sentenciar que el Evangelio era consistente con la propiedad de esclavos. No obstante autores como Basilio de Cesarea y Gregorio de Nisa seguían promoviendo especulaciones teológicas en base al análisis bíblico en las que la libertad era el rasgo central de la naturaleza humana. Esclavizar a otra persona era para ellos oponerse a la ley de Dios, ya que todos los hombres son considerados imagen de la divinidad.

El objetivo de la autora, es decir analizar los aspectos morales de la relación de los creyentes cristianos con los siervos, se cumple de manera parcial. Si bien los problemas fundamentales de la interacción urbana entre amos-esclavos están identificados (sexualidad, manumisión, participación en la asamblea, violencia), Glancy no considera los debates organizativos ni los conflictos entre diversas ramas del movimiento cristiano como cuestiones socio-políticas determinantes de la esclavitud. El texto no diferencia la mera retórica, que utiliza el concepto de esclavitud como un elemento discursivo y muchas veces contestatario, de la práctica real cotidiana de las iglesias, que variaba acorde a la inserción social de las comunidades y a los conflictos internos en relación a la autoridad.